

CONTRA LA POBREZA: EXPRESIVIDAD SOCIAL Y ÉTICA PÚBLICA

SERGIO SPOERER*

La pobreza no son cifras. La pobreza son vidas, rostros, nombres. La pobreza son los pobres. Ni la naturaleza ni los dioses han creado la pobreza. Las desdichas de los pobres son obra humana. Nuestra es también, la responsabilidad de remediarlas. Nada significativo se hará contra la pobreza sin la participación de los pobres. Escuchar, respetar, valorar sus voces es reconocerles el "derecho a los problemas", es hacerlos protagonistas. Si la voz de los pobres es poderosa, la pobreza se debilita. Así se haría gran parte de la tarea. Al resto de los ciudadanos nos quedaría nuestra propia responsabilidad: cuidar un entorno económico e institucional propicio, crear culturas empresariales con "responsabilidad social" y garantizar una "gestión política limpia".

(1) Las voces de la pobreza y el espacio público

La voz, las voces, son, por una parte, expresión de sí, validación de la propia experiencia y, por otra, son sociabilidad, vínculos, relatos de experiencia compartida, memoria y sueños, germinación de prácticas sociales y de sentidos emergentes. Las voces son micropoder, micropolítica, presentes en prácticas de baja densidad institucional. Emergen, fluyen, desaparecen; rara vez adquieren formas estables, organización, pero sí requieren de un contexto propicio, de un territorio protegido, de un espacio público.

En el espacio público convergen distintos fragmentos de heterogeneidad social. Son el reverso de la segregación espacial y de la cultura del gueto. Dan soporte a experiencias de integración social, de cultivo de la diversidad, de reducción de la discriminación y de la intolerancia, con fuertes contenidos lúdicos, festivos y artísticos.

-
- Ponencia presentada al seminario "Desafíos Éticos de la pobreza en el Chile de hoy" organizado por el Ministerio Secretaría General de la Presidencia de la República, 7 de noviembre de 2002. Una primera versión de este trabajo fue presentada como "contribution paper" en un encuentro regional del PNUD, preparatorio del Informe Mundial sobre el Desarrollo Humano 2002, "Profundizando la Democracia en un mundo fragmentado". (w.w.w.undp.org/hdro). Agradezco a Luis Campos Medina su valiosa asistencia en la preparación de ambas versiones de este trabajo.

Los espacios públicos son cercanía y hospitalidad acogedoras de encuentros, producen sentido de pertenencia, confianza, activan el capital social. Al reducir el aislamiento anómico y la segregación social, desincentivan conductas desviadas favorecedoras de la criminalidad.

Las voces de la pobreza requieren de espacios públicos para que –desde la cotidianidad de sus prácticas- puedan tejer redes sociales de micropoder y facilitar su propia seguridad. Requieren de ese encuentro en lo diverso que favorece la ruptura del anonimato, el reconocimiento social y perturba la indiferencia pública.

A las metáforas de las voces y de los espacios públicos, podría agregarse una tercera: la de la sombra de la pobreza. Con ella se podría dar imagen a las observaciones de Hirschman relativas a “las racionalidades ocultas del comportamiento social”. Sostenemos que en materia de políticas públicas contra la pobreza, las ha habido de dos tipos: (a) aquellas que mantienen a los pobres anclados en su sombra y (b) aquellas que intentan hacerlos saltar fuera de ella.

Si por “sombra” podemos entender el conjunto de condicionantes cotidianos –materiales y simbólicos- de la existencia social, no hay políticas viables sin generar en los pobres la capacidad de moverse con su sombra. La movilidad social y la superación de la pobreza, objetivos propios de dichas políticas, suponen vivenciar -es decir, tener experiencia de la experiencia- la sombra (“principio de realidad”) y, al mismo tiempo, las aspiraciones de una vida mejor (“principio de posibilidad”).

Las voces en el espacio público presentan una doble dimensión: expresiva e instrumental, que en su juego constante *con y ante otros*, cristalizan en prácticas sociales que favorecen la vivencia simultánea de ambos principios y permiten el acrecentamiento de las capacidades de intervención sobre las propias condiciones de vida.

En un horizonte de sentido que alienta las prácticas desde el cuidado de los propios intereses, las voces no sólo co-inspiran y generan acción, sino que hacen visibles y concretos a otros a quienes se interpela (detentadores de posiciones de poder en el entorno inmediato de acción). Las voces que interpelan piden responsabilidad a sus interlocutores. Ello implica capacidades

personales e institucionales de escucha y de "dar cuenta" (de responder = responsabilidad), pues responsabilidad es, antes que nada, responsabilidad por otro (frente al que debemos hacernos cargo de nuestros actos). Responsabilidad es acción efectiva emocionalmente comprometida. Así nace –"desde abajo"– la accountability que favorece el mejoramiento de las condiciones de vida de los pobres: desde un posicionamiento ético de acuerdo al cual las posibilidades de mejora se sustentan en la escucha y la transparencia, en un esfuerzo de horizontalidad social, de igualdad jurídica.

(2) **Orientaciones de acción en el mundo popular**

Entre voces y sombras se va articulando el contexto de vida de los pobres que no está constituido únicamente por las condiciones materiales en que se desarrolla su vida. En la observación de las situaciones de pobreza es posible identificar tres tipos de orientaciones de acción que, de manera global, permiten acercarse a una caracterización de las formas de desenvolverse de los pobres.

La primera de ellas se articula a partir de factores tales como el abandono, la sumisión y la parálisis; es aquella propia de quienes se ven sin opción; "aplastados" en el diario vivir y que se manifiesta cuando la degradación alcanza el límite de la vida. El vivir se vuelve resignación, renuncia, desamparado conformismo.

Un segundo tipo de acción –reverso exacto del anterior– puede ser identificado como el comportamiento prometeico; aquel marcado por la ruptura total de la cotidianeidad en que se vive, sea a nivel de la política, sea a nivel del delito. Caracterizado por la audacia y el atrevimiento, por una lógica de trasgresión total, con o sin sentido político, su característica distintiva es la **rebeldía**.

En tercer lugar, encontramos el tipo de orientación prevaleciente en el sector popular –la cuantitativamente más significativa–, aquel que designa un comportamiento adaptativo y que define aquello que podemos llamar cultura urbana de la sobrevivencia. En esta orientación de acción lo que prima son las astucias cotidianas, muchas veces carentes de un sentido

trascendente, tanto en términos temporales, como en términos de lógica política; lo fundamental es el conjunto de conductas que se adoptan día a día tras el simple objetivo de sobrevivir.

Los pobres, como todos, tienen aspiraciones, expectativas, figuraciones del cambio. Debemos ser prudentes en cuanto a asignarles una particularidad que lleve a considerarles partícipes de un universo valorativo diferente y hasta opuesto al del resto de la sociedad (cosa que también suele ocurrir cuando se habla, por ejemplo, de los jóvenes). A nuestro juicio, los Informes de Desarrollo Humano del PNUD, así como otras investigaciones muestran que esa diferencia de valores no es tal y que el deseo de integración es prueba de ello y de la lejanía de tendencias disruptivas al respecto. Para bien o para mal, los pobres no constituyen una "contracultura".

Como bien dice A. Etchegaray, los pobres "son personas con carencias", pero "la carencia de bienes, la falta de recursos, no implica ausencia de proyectos de vida, de cultura, de decencia, de moral, más aún, muchas veces los fortalece"¹.

En cierta medida, este tipo de orientación de acción se basa en los llamados *saberes de la conjetura*:

"El hombre hace lo que se puede: trabaja y gana algo, no tanto, sin embargo, que le permita cubrir todos los gastos; debe entonces trabajar la mujer y el niño mayor si tiene edad suficiente y a veces aunque no la tenga; lavar, coser, vender diarios, lustrar zapatos, soplar botellas en una fábrica de vidrios o cargar y descargar tablas en una barraca: siempre hay alguien que tiene trabajo para un niño; se le paga menos y eso es siempre una economía industrial o comercial; algunos mendigan, otros roban y así se va viviendo"².

No obstante los matices y distancias entre estos tres tipos de orientaciones de acción, ellas comparten el desarrollarse en un tiempo y en un espacio ajenos. El mundo popular no se pertenece, vive una situación de heteronomía, por la que el conjunto de sus reglas y de sus sentidos están determinados desde fuera. Es desde esta situación que se desarrollan las prácticas que le permitan sobrevivir al más bajo riesgo, no disputando espacios ni sentidos, rehuyendo los conflictos, adaptándose, esquivando.

¹ Etchegaray (1995).

² Rojas, M. (1984), p.222-3

Desde esta hipótesis sobre el tipo de orientación de acción prevaleciente en el mundo popular, podemos avanzar, primero, hacia un intento de comprensión de su cultura cotidiana en términos del conjunto de astucias o artes de sobrevivencia que desarrolla; y, luego, tratar de comprender qué significa esta cultura cotidiana en términos de demandas y prácticas políticas en los pobres.

La racionalidad básica que caracteriza los comportamientos predominantes en el mundo popular no es la de la política, la del largo plazo, la del conflicto, sino la de una maximización de los recursos directamente disponibles o potencialmente accesibles en lo cotidiano, para sobrevivir o mejorar las condiciones de vida. La motivación básica del mundo popular es tratar de pasarlo lo menos mal posible, hoy, aquí, ahora; e incluso elaborar, a través de actitudes productoras de sentido, metáforas de la propia felicidad, entendiendo por propia fundamentalmente la del grupo familiar desde el cual se vive y se imagina la vida. Por tanto, el punto de partida de las astucias de sobrevivencia en el mundo popular son los recursos básicos de que el núcleo familiar dispone, y éstos son, prioritariamente, el trabajo y la casa.

El trabajo produce el ingreso monetario que permite cubrir las necesidades de la familia, pero es, además, un elemento básico de socialización y de construcción de una identidad individual y colectiva. Es, como todavía para gran parte de la sociedad chilena, el principal espacio de significación de la experiencia cotidiana³.

La casa, la morada, es el espacio físico en torno al cual se constituye la familia. La familia no es entendida en sentido legal, nuclear, o de familia extendida, sino más bien como una unidad doméstica constituida muchas veces por varios núcleos familiares, que admite además la presencia de personas ligadas colateralmente, o simplemente amigos (los allegados).

³ El Informe del PNUD (2002) lo dice casi textualmente: "Por mucho tiempo los chilenos encontraron las significaciones de su experiencia cotidiana en su trabajo", p.92. La misma institución, en su informe de 1998 afirmaba: "El trabajo ocupa un lugar fundamental en la sociedad chilena en cuanto condiciona no sólo el bienestar material sino igualmente el bienestar psíquico y el universo cultural de la gente", PNUD (1998), p.181. Por su parte, R. Castel (1997) plantea que "el trabajo constituye un soporte privilegiado de inscripción en la estructura social", p.15.

La ausencia de estos dos elementos, trabajo y casa, determina el traspaso del umbral mínimo de sobrevivencia. La pérdida del trabajo, la cesantía prolongada, es la inminencia del derrumbe total del proyecto colectivo de vida, no sólo en el sentido de pérdida de los recursos monetarios necesarios, sino también en cuanto **traduce el deterioro de un sistema de relaciones que produce sentido**, que genera recursos en términos de información y de capital cultural, que favorecen el desarrollo de otras estrategias de sobrevivencia. Así, la defensa y reivindicación del trabajo, y el acceso a la vivienda, son los pilares sobre los cuales se edifican la cotidianidad y la perspectiva de más largo plazo del mundo de los pobres.

Hacia el futuro, estos dos elementos se complementan con un tercero: el de la educación de los hijos, entendida como una suerte de seguridad social de la que gozarán después los miembros adultos de la familia. La educación es percibida como la clave de la movilidad social. Educar a los hijos –“darles lo que yo no tuve”- es una manera de designar esta aspiración –“de que a ellos les resulte lo que a mí no me resultó”- y una manera también de contribuir al propio futuro. Pues el futuro siempre es pensado en términos familiares y rara vez aparece como una representación de carácter estrictamente individual, y aún menos en una dimensión colectiva.

El futuro está ligado, muy escasamente, a perspectivas de cambio político. En este sentido, la democracia no es, estrictamente hablando, una demanda de los pobres (los estudios de opinión pública entregan de esta afirmación sobrada evidencia). El futuro es, más bien, aquello que el núcleo familiar sea capaz de hacer. En ese contexto, la política es un coadyuvante o un bloqueador, rara vez es el factor determinante.

Esta perspectiva de vida vincula fuertemente la aspiración de vivir mejor, pensable en términos materiales, con la aspiración de “pasarle bien”, sujeta más bien a las representaciones simbólicas, al arte de vivir a través de ritos de celebración, de fiesta, de gratificaciones culturales. En el mundo popular el nivel de satisfacción de las necesidades materiales y simbólicas prácticamente no admite separación. La búsqueda de experiencias gratificantes va ligada al desarrollo mismo de las estrategias de subsistencia material: el trabajo, la casa, la educación, la salud, la satisfacción de necesidades básicas, son inseparables de los niveles de celebración, de fiesta, de los paseos, de la actividad deportiva, de la religiosidad como forma de

producción de sentido y como arte de encuentro, como afirmación de la vida y como metáfora de otra vida posible.

Estos dos niveles, el de lo material y el de lo simbólico, refuerzan a su vez la inseparabilidad entre lo que la familia popular vive hoy y lo que imagina para el mañana. La vida es hoy, aquí y ahora, y quienes tienen éxito en la vida no son aquellos que esperan algo de terceros, sino los que ponen sus esfuerzos en la propia contribución a la obtención de estos gratificantes materiales y simbólicos.

El concepto de "vivir mejor", entendido como articulador de las dimensiones materiales y simbólicas, es una suerte de paso a paso, sincopado, hacia condiciones de vida que se van obteniendo en base al propio esfuerzo. El futuro, de esta forma, es interpretado en clave del propio desempeño: expresiones como tener trabajo, "tener pega"; "ponerle empeño", "tener buena cabeza", definen en el mundo popular lo que, en otro estrato social, pudiera ser más bien la expresión de una utopía movilizadora, o de un proyecto de vida o de sueños. El mundo popular parece soñar con que le vaya bien; y eso tiene que ver, fundamentalmente, con la posibilidad de disponer de los instrumentos básicos con los cuales enfrenta la vida, siendo estos, ya lo hemos dicho, el trabajo y la casa, y "que Dios nos dé salud".

Por lo anterior, se puede afirmar con certeza que los pobres no esperan regalos estatales ni caridad privada. Piden sensibilidad, escucha, reglas claras para todos y autoridad que las cumpla. Piden protección para que el fruto de sus esfuerzos no se lo lleven manos invisibles capaces de hacer pases de prestidigitación en la plaza pública del mercado. La sociedad pide eficiencia al Estado, a los servicios públicos, al parlamento, a la justicia. No pide dádivas, pide más que eso: pide que sus derechos no sean violados o ignorados en la opacidad de las prácticas institucionales. Los pobres piden honestidad, transparencia, igualdad de acceso, buen trato, seguridad jurídica. Piden, o más bien, esperan porque no ven relación entre las formas de organización y participación de que son capaces y la influencia necesaria para lograrlo.

Desde esta visión de la vida cotidiana emerge una primera demanda dirigida a la política y, en nuestros tiempos, a la política democrática: que sea capaz de asegurar la estabilidad de las condiciones básicas que hacen rentable, a largo plazo, los esfuerzos que efectúen los pobres.

Este paso a paso del propio esfuerzo, este proyecto personal o familiar, se elabora a partir de una determinada percepción que se tiene de la sociedad. El proyecto de vida del mundo popular supone la comprensión de un determinado campo de posibilidades; es decir, requiere reducir la incertidumbre sobre las reglas que le permiten desarrollar su vida.

Lo planteado por el Informe de Desarrollo Humano 2002 del PNUD es muy pertinente: "El futuro existe cuando el cambio es percibido como posible, y esto supone creer que la acción de las personas puede producirlo. Mientras más débil es la visión de la propia capacidad de acción, más inmediata y restringida es la imagen del futuro, y viceversa. Sin un mañana la vida se hace puro presente y todas las exigencias parecen igualmente importantes e inmediatas."⁴

De allí emerge un segundo tipo de demanda que el mundo popular dirige, desde su cotidianeidad, a la política: que sea capaz de dilatar las fronteras de lo posible. De este modo, la democracia no es percibida como capacidad de dominio (de apropiarse de algo para dominar a terceros), sino como una posibilidad de socialización de las capacidades de acción existentes en la sociedad *hacia* el mundo popular y, *dentro* de él, como oportunidad de potenciamiento de las capacidades ya existentes. De aquellas que han sido generadas por lo que, más arriba, hemos llamado "esfuerzo cotidiano" de los pobres. Pues, dicho esfuerzo está impregnado de los procesos de "individualización" característicos de las sociedades contemporáneas.

Lo anterior implica un ethos básicamente personal-familiar (o de "unidad doméstica") que asume, crecientemente, un agenciamiento autónomo de riesgos y oportunidades, sin esperarlo del Estado, pero que exige de éste garantías éticas y eficiencia.

(3) Interpelando a la política

Dilatar las fronteras de lo posible pasa por ampliar las fronteras de lo pensable, de lo imaginable: en este punto encontramos un espacio de encuentro con la reflexión planteada en torno al concepto de *responsabilidad social* pues, en la idea de ampliar las fronteras de lo posible, los pobres pero no sólo ellos, sino que, en general todo/a aquel/la que sufre

discriminación, aspira a que de alguna forma se amplíe, en el resto de la sociedad, la "capacidad imaginativa de ver a los extraños como compañeros en el sufrimiento", la capacidad y sensibilidad "a los detalles particulares del dolor de seres humanos distintos"⁵. Y si no en el sufrimiento y el dolor, sí al menos en la situación y sentir del otro. Aquí, sin duda, la acción política debe sobreponer a su dimensión *administrativa-funcional*, una dimensión de escucha y de empatía de *iniciativa* y de *proyecto*.

Las solidaridades básicas, sostenidas en formas de reciprocidad, están tensionadas, tanto por el recelo social y la hostilidad, como por tendencias asociativas de articulación práctica nacidas de algunas formas episódicas de expresividad social.

El "poder" que nace de la "voz" tiene pocos "portavoces organizacionales". Suele ser expresividad pura, fugaz, espontánea, carente de liderazgos estables y con baja "sedimentación organizacional". El aprendizaje social así creado perdura, principalmente, en la memoria de las prácticas y los relatos orales tejidos tanto desde la vivencia de los hechos como desde el imaginario vecinal. La impermanencia organizacional del poder social así creado, hace difícil la transformación del capital expresivo en pautas de conducta de carácter proposicional.

Si este diagnóstico es acertado, habrá que concluir que la situación actual está lejos de favorecer las expectativas del mundo popular. El desfase entre "el arriba" y "el abajo", entre la cultura de la clase política, de las elites, y esta forma de entender la acción política del mundo popular, es enorme. El desencuentro entre la política y la vida cotidiana es radical y perceptible. Sus aspiraciones no encuentran en la oferta democrática existente respuestas adecuadas; la política, aparece distante, ideológica, preocupada de conflictos que, aun cuando puedan ser sentidos por el mundo popular, le parecen distantes, inaccesibles, amenazantes.

Entre los pobres, la distancia entre los planteamientos discursivos en torno a lo bueno y las prácticas que los realizan es casi inexistente: se trata de una cuestión de sobrevivencia. Por eso la veracidad es tan importante, por eso le asigna tanta importancia a la correspondencia entre el decir y el hacer; por eso resulta recurrente entre ellos la crítica a los "padres Gatica"...

⁴ PNUD (2002), p.198.

⁵ Ver Teixidó y Chavarri (2000)

Entre los pobres los planteamientos abstractos en torno a lo bueno no hacen sentido, porque en su *sentido práctico* saben que el decir libre de las exigencias de la vida real no puede dar cuenta de las dificultades del mundo, de sus exigencias y contingencias, de su constante sentirse precarios y vulnerables.

De igual forma, cuando aquellas prácticas que, a sus ojos, efectivamente realizan lo bueno son cuestionadas o puestas en situación de espera (por la elite política) a partir de normas o análisis de "realismo político" que, supuestamente, establecen los procedimientos y formas a partir de las que se consigue hacer el bien, se desconfía, se sospecha de la incorporación de otros intereses en aquello que se publicita como valores puros:

- Cuando identifican en el discurso político qué es lo bueno y lo que hay que hacer para realizarlo, pero no ven consistencia en los desempeños reales de quienes los efectúan, se produce distancia.
- Cuando identifican qué es lo bueno y qué hay que hacer para realizarlo, pero ven prácticas rutinizadas de un aparato público donde se lo ha perdido de vista, se produce distancia.
- Cuando tienen claridad respecto de qué es lo bueno y qué hay que hacer para realizarlo, pero lo ven en contradicción con los intereses privados puestos en juego en el mercado, se produce distancia.

La responsabilidad por los propios actos debiera ser mayor en aquellos que movilizan en su actuar cotidiano una mayor cantidad de recursos materiales, culturales y políticos, pues la probabilidad de que tengan mayores efectos y resonancias es también mayor. Un delito de cuello blanco puede tener sobre los pobres más efectos directos que toda la crónica roja de un mes.

Esta brecha social y cívica no es nueva, sin embargo. Este corte entre el arriba y el abajo, entre una matriz democrática fundamentalmente politicista-partidocrática y una nueva matriz democrática predominantemente social-participativa, viene de lejos. Es el conjunto del sistema de relaciones entre el Estado, el sistema político y la sociedad civil el que está puesto en

cuestión. No se trata de predicar el primado de la sociedad civil frente al Estado, o del sistema político por encima de los otros dos, sino de plantear un equilibrio nuevo entre estos tres ámbitos de acción.

El reconocimiento de esta doble matriz de la cultura democrática tiene no sólo que ver con el problema de cómo los pobres viven y se representan sus condiciones de existencia al interior de una comunidad nacional, sino además con el tipo de democracia como régimen y sociedad al que aspiramos, y con las condiciones mismas de su estabilidad y calidad.

La cultura popular ayuda a comprender los límites de la cultura de la clase política, en tanto interroga al conjunto de los sectores democráticos desde varios niveles. Uno de ellos es esta invitación a mirar la democracia desde las prácticas cotidianas, desde las condiciones de vida de los individuos, los grupos, los estratos; desde los proyectos de vida de cada quien; desde la identificación de lo que hacen y de las potencialidades residentes en ellos. Esto puede contribuir a evitar el primado de una concepción de la democracia en términos estrictamente politicistas y partidocráticos, donde sólo lo que es político será democrático, y sólo lo que es partidario sería político.

A menudo el pluralismo se ha entendido como pluralismo de partidos olvidando otras dimensiones legítimas de la diversidad social: religiosas, locales, sexuales, artísticas, generacionales. Todas ellas hacen parte de lo socialmente existente y legítimo. Esta mirada desde lo concreto del mundo popular lleva a una mirada de lo concreto de la sociedad civil, donde la democracia debe ser el principio garante de esta diversidad social. Dicha diversidad es pluralismo; es reconocimiento de lo propio de cada quien, no está reñida –sino por el contrario– con un criterio de igualdad. Igualdad social, es decir, igualdad de oportunidades, posibilidades abiertas a todos; no discriminación, ni jurídica ni material, pero al mismo tiempo diversidad cultural, diversidad social, diversidad de prácticas y de creencias.

Esta mirada al mundo popular sugiere otra matriz de análisis del mundo social. Se trata de una matriz, ya no principalmente racional-iluminista, sino más bien expresiva y simbólica, cuyo cruzamiento con la anterior puede iluminar la comprensión de la sociedad y de los desafíos de la democracia. Desde esta matriz son más comprensibles las potencialidades de la voz de los más

pobres y las prácticas que configuran sus aprendizajes sociales y la manifestación de sus micropoderes.

Carol Graham ha argumentado recientemente en magnífico libro⁶ -apoyado en consistente investigación empírica- que no existe relación causal entre crecimiento económico y felicidad (bienestar subjetivo) , pero que la correlación –si existe entre la “escucha institucional” de aspiraciones ciudadanas y el éxito de las políticas públicas y de las estilos de crecimiento económico.

En este contexto, son sugerentes los desafíos que derivan de lo que llamaremos “nuevo ámbito público intermediador” entre la sociedad y el estado. Es en este espacio que deberán confluir tanto las voces “desde abajo” de la expresividad social, como los diseños institucionales “del arriba” que buscan hacer operativos los requerimientos de la accountability.

Postular las necesidades de potenciar este “ámbito público intermediador” entre las prácticas “del abajo” y “del arriba”, supone superar dos tendencias que nacen de la disociación entre ambos niveles: “la democracia delegativa”, que vive la ilusión de una política sin ciudadanos y “la democracia directa” que vive la ilusión de una política sin instituciones.

Superar ambas ilusiones requiere implementar de modo urgente, continuo y significativo medidas de mejoramiento de la calidad de la política.

(4) Poder y democracia.

La clase política nacida de la recuperación democrática no ha cumplido las promesas entonces hechas. La clase política se ha jibarizado, corporatizado y separado de sus referentes sociales. La clase política se ha “apoderado” del Estado. La clase política no ha sido capaz de autonomizarse del peso de los poderes fácticos ni de superar su propia endogamia. Las figuras del neo-autoritarismo y/o neo-populismo se destacan desde un fondo de insatisfacción social,

⁶ Graham (2002).

presentándose riesgos ciertos de erosión de los progresos institucionales alcanzados durante los últimos 12 años⁷.

Esta situación tiene indicadores claros que hablan de lo que podría denominarse la progresiva desarticulación o des-institucionalización del mercado político. Entre ellos se visualiza, en primer lugar, la aparición creciente de demandas “no representadas”, no integradas a la negociación política. En segundo lugar, la oferta política existente es restringida: i) la oferta política viable, es decir aquella con posibilidades efectivas de alcanzar poder, se encuentra reducida, como efecto del sistema binominal, a dos bloques o coaliciones de partidos; ii) la oferta de proyectos por parte de los partidos se encuentra reducida a mínimos como consecuencia del vacío programático en que se encuentran.

La falta de representación parlamentaria de algunos partidos (principalmente el Comunista y los ecologistas) que en otros sistemas electorales la tendrían, constituye el tercer elemento. El asunto no es menor, pues se trata no sólo a dar cabida a la diversidad social existente, sino de generar espacios institucionales de inclusión de las distintas formas de ver e interpretar la realidad que poseen algún nivel de articulación organizacional. La democracia debe dar cabida tanto a la diversidad social como a la polisemia interpretativa existente en la sociedad.

Gran parte de lo hasta aquí enunciado puede observarse en la dinámica que han venido presentando sintomáticamente los actores políticos. A saber: sobreideologización, vulnerabilidad ética, oligarquización, corporativismo, baja renovación y “neo-caciquismo de notables políticos”. De ello se desprende que uno de los efectos externos negativos de la transición ha sido la frágil instalación de prácticas constitutivas de la democracia (participación, representación, transparencia) debido a una creciente separación entre la clase política y los ciudadanos. Se ha producido una significativa expropiación de la soberanía popular a favor de las elites. Incluso podría decirse que la clase política gobierna sola al modo de una oligarquía de influencias.

⁷ El Presidente Lagos, en entrevista de The Clinic N° 50 del 3 de mayo de 2001, señalaba:

- *Entonces usted salió y dijo que había escuchado a la gente. ¿Qué escuchó?*
- Insatisfacción con la clase política y, hablando en serio, creo que la clase política no ha escuchado mucho.

La estrecha relación de esta nueva oligarquía partidocrática con los poderes fácticos (convertida hoy en una floreciente industria) blinda su separación de la ciudadanía, en la medida que establece como el principal mecanismo de configuración de las agendas políticas de acuerdo a lo que algunos autores denominan “modelo de *acceso interno*”, en el cual un actor con gran poder ‘de facto’ presiona por sus intereses a una determinada instancia, procurando evitar el conocimiento público tanto de sus objetivos como de sus procedimientos.

Esta constelación de intereses monopoliza lo “políticamente correcto” -formulación empleada, muchas veces, para dar “justificación trascendente” a situaciones y comportamientos incorrectos e injustificables éticamente-, descalificando cualquier manifestación ciudadana no encuadrada por la clase política. Todo disenso es entendido, entonces, como una irresponsable impertinencia cívica.

Si la reforma del Estado se bloquea, debilitando el conjunto del proceso modernizador, es crucial evitar la tentación de “fuga hacia arriba y adelante” (más discurso ideológico y mayor encapsulamiento directivo): en este juego, la democracia lleva las de perder todo. Muy por el contrario, el juego debe ser “hacia abajo y hacia el lado”.

“Hacia abajo” es decir hacia todos los usuarios/ciudadanos del Estado y hacia todas las formas emergentes de acción y de participación que testimonian de una invisible vitalidad social y de una instalación de nuevos micro actores sociales propia de las mutaciones estructurales en curso. Es lo que en Europa ha empezado a llamarse “desarrollo de una democracia de proximidad”.

“Hacia el lado”, propendiendo al establecimiento de contrapesos y regulaciones inter-institucionales (“check and balance”), además de mayores intercambios y vinculaciones formales entre entidades y reparticiones estatales.

Necesitamos ser ciudadanos en más dimensiones de nuestra vida. Quizá todavía frente al Estado, pero en relación con más cosas: capacidad de elegir, participar, expresarnos, cuidarnos, alimentarnos, en todo aquello donde se juega nuestra felicidad. Y tal situación es esperanzadora con respecto al desarrollo de mayores capacidades ciudadanas: la ciudadanía se

construye en su ejercicio. En un mundo cada vez más diverso y complejo es necesario que ese ejercicio se realice en los más variados contextos y situaciones con el fin de desarrollar una ciudadanía activa acorde a las nuevas necesidades y oportunidades.

En una sociedad cuya elite política está alejada de la gente; donde existe una profunda brecha entre la vida cotidiana de las personas y los temas y discusiones de esa elite; donde los partidos políticos no dan cuenta de la totalidad de las demandas y necesidades de la población y, en particular, los partidos que tradicionalmente canalizaron las demandas y 'conflictualidad' social se encuentran abocados a las tareas de gobierno, la acción colectiva cobra un papel de gran importancia en la configuración de la realidad social y en la incorporación de nuevos temas a la discusión política.

En este panorama de mayor informalidad en la participación social comunitaria, del ejercicio de la ciudadanía y de la actividad local en general y del surgimiento de nuevos problemas y necesidades, la acción social pública debe enfrentarse con el creciente problema del déficit de información para la toma de decisiones y la generación de recursos de intervención.

Esta situación se ve reforzada en la medida que gran parte de los nuevos problemas y demandas y de los movimientos que en torno a ellos se generan, tienen que ver con problemas de orden subjetivo, sobre los cuales el mundo político ha evidenciado una falta de conocimiento y, sobre todo, ha mantenido un casi completo silencio.

Construir democracia en el triple ámbito de lo institucional, de lo social y de lo cultural aparece como un objetivo insoslayable.

Ello requiere valorar un dominio en que la acción no gubernamental puede hacer contribuciones efectivas: el de la organización y participación social. Ámbito caracterizado en palabras de M. Wolfe por el paso de la "participación autodefensiva" a la "participación conflictiva", es decir aquella que no renuncia a la voluntad de producir transformadoras acciones de cambio estructural. O, en una dirección similar, lo que en palabras de Castells constituye el paso de "identidades de resistencia" a "identidades de proyecto".

Aquí el tema central parece ser el de la articulación entre las organizaciones sociales de base (asociaciones vecinales, grupos juveniles y femeninos, centros culturales, etc.) y el nivel político, sea éste partidario o estatal. La recuperación democrática no ha producido destacables experiencias de articulación. Más bien ella ha puesto de manifiesto la lógica corporativa y el ensimismamiento institucional de unos y otros. En esta materia, las ONG y otras instituciones de apoyo –sobre todo aquellas de alcance nacional- no parecen hasta la fecha haber generado innovaciones significativas. Sin embargo, dicho aporte de las ONG es imprescindible para la articulación de lo que más arriba hemos llamado dos matrices de la cultura democrática.

El mejoramiento de la calidad de la gestión pública en los servicios del Estado ha sido mayor y más rápido que la adecuación, compromiso y mejora de la calidad de la política. El sistema político no favorece la modernización del Estado, ni ha mejorado sus propias prácticas de gestión y articulación. Existen “interferencias nocivas” entre la esfera política y el aparato público por lo que surge el desafío de “proteger” al Estado del sistema político y acercarlo a la gente (ciudadanos, usuarios, sociedad civil).

4. La voz de los pobres y la calidad de la política.

La actividad parlamentaria aparece como uno de los “agujeros negros” de la institucionalidad civil. La opacidad del sistema político (ámbito de formación de las decisiones públicas) y de la vida interna de los partidos políticos, refuerza esa percepción.

La lógica fundamental de la actividad parlamentaria y partidaria parece ser la autoconservación de la “elite de influencias” que la configuran. La bajísima renovación del personal parlamentario y dirigente en los partidos testimonia de ello.

La generalización de prácticas clientelistas parece bloquear las formas de accountability “desde abajo” y horizontales (respecto de otras instituciones públicas).

Los parlamentarios parecen usar de sus facultades fiscalizadoras como mecanismos de presión sobre el ejecutivo y como legitimación ante sus electores. La “política espectáculo” (elite política + medios de comunicación) permite blindar este círculo vicioso.

La reforma de la legalidad, institucionalidad y “prácticas micropolíticas” de los partidos es un factor crítico de éxito del acrecentamiento de la voz y del poder de los pobres. Para mejorarlas, sin duda que el desarrollo de la accountability, el fortalecimiento del capital social y el fomento de nuevos liderazgos ofrecen grandes oportunidades.

Observación y “certificación” de prácticas políticas y de gestión pública.

Existen dos ámbitos principales de interface entre los ciudadanos y las instituciones del Estado:

- el de usuario directo de servicios públicos y
- el de los procesos eleccionarios en que designa a sus “representantes”.

Es del juicio de satisfacción que el ciudadano se haga de la calidad de estos procesos, que deriva su adhesión democrática y, por tanto, la legitimidad de ésta. En ambos procesos, el juicio de satisfacción ciudadana no estará determinado por la calidad de las normas y de los aparatos institucionales, sino por la calidad de las prácticas.

Dicho juicio de satisfacción suele detonar diversas forma de expresividad social que –articuladas con una adecuada “escucha institucional”- pueden generar formas de participación ciudadana que contribuyan a mejorar las prácticas políticas y a acrecentar la legitimidad sistémica.

En una estrategia de mejoramiento de la calidad de la política, el énfasis debe estar puesto: (a) en el conocimiento, evaluación y mejoramiento continuo de las prácticas realmente existentes; (b) en las instituciones, entendidas como prácticas recurrentes, como “formas de hacer” socialmente significativas, como “embriones organizacionales”; y, sólo en tercer lugar, (c) en los aparatos, las estructuras con sus sistemas codificados de normas. La inversión de esta secuencia, excluye a los pobres de cualquier involucramiento en prácticas de mejoramiento de la calidad de la política y los priva de protagonismo en la instalación y despliegue sistemático de ejercicios de accountability.

En la lógica de instalar progresivamente “una gestión política limpia” al servicio del Desarrollo Humano, resulta sugerente evaluar la replicabilidad en el ámbito político de la experiencia internacional de las Normas ISO, cuya voluntariedad no las priva de constituir un poderoso sistema de incentivos al servicio de los procesos de mejoramiento de la calidad. ¿Es aventurado pensar en un sistema internacional de normas políticas con sus respectivos sub-sistemas de certificación, acreditación (de certificadores) y metrología (standards ad-hoc de medición)?. Es posible evaluar de modo práctico la pertinencia de la sugerencia anterior. Pues existen experiencias significativas en la región de cuya evaluación y análisis sería posible desprender la ausencia o existencia de los factores críticos de éxito que permitan su replicabilidad.

Partidos Políticos.

El mejoramiento de la calidad de las prácticas constitutivas de los partidos, parece estar hoy en el centro de cualquier estrategia de accountability al servicio de los pobres. Sus “vicios” son el factor principal de erosión de la legitimidad democrática y de la masificación del desencanto participativo o desafección cívica. La baja calidad de sus prácticas eleva los costos de transacción en el sistema político, deteriora los procesos de toma de decisiones y es un vector importante de los procesos de corporativización y clientelismo que afectan a las instituciones democráticas.

No cabe pensar en mejoramientos efectivos de la función legislativa sin alteraciones radicales de las prácticas partidarias. Sin partidos de mejor calidad democrática, es ilusorio pensar en el acrecentamiento de la “escucha institucional” respecto de las voces de los pobres y, menos aún, que éstos puedan acrecentar su poder tanto frente a los aparatos políticos como en el “espacio público intermediador”. Ni estado partidocrático en la “democracia delegada”, ni ilusoria “democracia social directa” sin partidos. En uno u otro caso, los pobres terminan perdiendo la voz.

Es necesariamente extenso cualquier listado tentativo de prácticas partidarias que una auditoría de calidad expondría debidamente al escrutinio ciudadano:

- procedimientos y derechos de afiliación

- elección de dirigentes
- procesos internos de toma de decisiones
- formación, educación cívica de sus afiliados
- procesos de designación de sus candidatos a cargos representativos
- designación de afiliados a cargos públicos y relación con éstos
- sistemas de incompatibilidades, no acumulación de mandatos, límites a la reelegibilidad
- financiamiento
- ética partidaria y organismos internos de control
- vínculos con organizaciones sociales

Obviamente, la certificación de todas estas prácticas requiere de Leyes de Partidos Políticos que establezcan normas operativas y mecanismos de fiscalización. Otro tanto puede decirse de los sistemas electorales y de los reglamentos de elecciones llamados a regular las prácticas constitutivas de los rituales básicos de pertenencia partidaria: las elecciones.

En este ámbito –quizás de modo más evidente que en ningún otro-, poco o nada será logrado con medidas puramente legales, tecnocráticas o administrativas. De lo que se trata es de disuadir las prácticas transgresoras mediante la elevación de sus costos: publicidad dada a los resultados de las auditorías durante períodos de campañas electorales, por ejemplo. De lo que se trata es de reducir la impunidad de prácticas no éticas y elevar los incentivos y recompensas a quienes cumplan con las normas.

Seguridad jurídica.

En América latina existe una conciencia generalizada acerca del carácter estructural de la impunidad. El crimen es rentable: es un negocio de costos bajos. El crimen organizado (narcotráfico, contrabando, corrupción, delitos financieros) expande sus operaciones y sus redes protectoras. En Chile, la situación es mejor, cierto, pero no suficiente.

Paralelamente, el crecimiento de las tasas de encarcelamiento es explosivo. Las cárceles son privatizadas en varios países. El estado penal crece más que el estado social. El sistema judicial es opaco, laberíntico, lento, costoso, su lengua es incomprensible para los pobres, sus

prácticas impenetrables. El espacio jurídico aparece entre los pobres como un conjunto de reglas que los condena a perder siempre. El costo social de una estafa millonaria equivale a miles de hurtos y robos menores.

Sin embargo, la idea predominante es que la seguridad jurídica debe, ante todo, garantizar la exigibilidad de los contratos y la estabilidad de la propiedad. ¿Puede este desequilibrio jurídico favorecer el despliegue de mecanismos de accountability que favorezcan a los pobres?. ¿Se reduce este desequilibrio jurídico dictando nuevas normas?.

El problema real de los déficit de justicia reside más en la no aplicabilidad de las normas y las dificultades de acceso para los pobres. Las leyes protegen a los pobres, reconocen sus derechos, pero ellos no tienen la capacidad de hacerlos exigibles. No existe control social "hacia arriba". El control penal "hacia abajo" los condena sin apelación.

De lo que se trata es de ciudadanizar la seguridad jurídica. Los pobres serían los principales beneficiados. Podrían ser, también, los principales protagonistas de todo proceso de mejoramiento de la calidad de la justicia.

Es necesario acercar el lenguaje jurídico a la voz y al habla de los pobres. Múltiples organismos públicos o no gubernamentales de asistencia jurídica juegan un destacado papel en esta tarea.

Prácticas de protección, vigilancia, reclamo y reparación deben ser fácilmente accesibles para los pobres. Las Defensorías Públicas deberían amparar y favorecer estas prácticas. Reconocer y reparar omisiones y errores judiciales, detenciones por sospecha injustificadas, emprisionamientos provisionales sin acceso a defensa, tendrían sobre los pobres alto efecto de demostración. Ello podría devolverles, en parte, su confianza en la justicia y ampliar la legitimidad de la democracia.

(5) Pobreza, Solidaridad y Liderazgos Sociales.

La práctica cotidiana y permanente de controlar a la autoridad, de innovar y desarrollar nuevas formas y espacios para ello; la instalación del control ciudadano como "principio de acción" de los ciudadanos mismos; constituye una instancia no sólo de "administración" o de auditoría de la autoridad –cuyas posibilidades de rutinización son altas-, sino también de generación de respuestas y desempeños originales para dar solución a problemas y circunstancias novedosos.

De ahí la importancia de la "accountability" pública y de la "responsabilidad social" de las empresas como prácticas reales y no meramente como discursos en la competencia por la legitimación social. Para ello es fundamental, crear espacios de control ciudadano no puramente "procedimentales", pues aunque su importancia no está en discusión, deben ser acompañados por otros en que se haga posible generar y desarrollar competencias ciudadanas en la población misma: espacios establecidos para la apropiación y el entrenamiento de "habilidades ciudadanas" que posibiliten un desempeño práctico acorde con los principios de la democracia. En otras palabras, espacios en que se dote a los ciudadanos de los medios o *capital cívico* para "jugar el juego democrático".

Ni la accountability, ni la responsabilidad social se daran en vacíos sociales. Por el contrario, el control ciudadano de la autoridad responde a una cierta historia, a unas trayectorias y su asentamiento a nivel de las prácticas y las instituciones pasa por consolidarse como una "práctica con sentido" entre las urgencias y contingencias del mundo social y de quienes tienen que vivirlo. Es decir, debe convertirse en una práctica que rompa con las "desesperanzas aprendidas" y los sentidos de fatalidad, e instale la valoración por el propio hacer y visibilice sus resultados.

La importancia de los liderazgos sociales en tanto creadores de sentidos y capacidades viene dada por su capacidad de generar asociaciones nuevas entre fenómenos, palabras, gentes, cosas, resultados. E incluso, porque genera asociaciones desligadas de esas "coacciones normalizadoras" con que vivimos a diario, de manera que su acción permite la ruptura de ciertas

formas de ver y hacer que impiden o hacen improbables los cambios y las visiones esperanzadas.

Este trabajar con el sentido es una de las dimensiones en que se vinculan líder y comunidad: trabajar con el sentido es, necesariamente, trabajar con el sentido social. El líder trabaja con las asociaciones entre palabras, códigos y, simultáneamente, con las relaciones sociales. Es un trabajo de ponerle nombre a lo real, de delimitarlo; de decir lo que es y lo que no, pero, sobre todo, lo que podría ser ("sentido de posibilidad") y lo que se hace.

El líder, en este moldeamiento de sentido que ejecuta, recoge las implicaciones de la gente que convoca. Es decir genera identidades colectivas. Asimismo, narra cómo se presenta una determinada situación (problema, amenaza, acontecimiento) a una determinada comunidad, grupo que comparte un relato: memoria, actualidad, futuro, acciones posibles.

El líder proporciona un "relato intermediario" a partir de las voces que recoge. Es decir un relato que provee de una mediación entre la esfera privada y la sociedad. Un relato en que la voz de los pobres se siente escuchada. Dicho relato es una herramienta para penetrar esas zonas opacas de las prácticas institucionales y de la "mano invisible" del mercado que se mencionaron anteriormente y que adquieren su opacidad al estar construidas y habladas en otro lenguaje; un lenguaje que muchas veces sólo puede ser descifrado por quienes poseen altos recursos culturales, pues posee una alta densidad conceptual o técnica, mucha abstracción y está "poco aterrizado": el "relato intermediario" del líder social trae al dominio de lo propio lo que antes resultaba ajeno.

Liderazgo y comunidad no existen el uno sin el otro. Forman una relación de construcción recíproca y simultánea; porque el liderazgo no se presenta en "vacíos sociales" o en lugares donde no cabe la historia, ni las pertenencias, ni las relaciones, sino en aquellos donde los individuos comparten una determinada "experiencia social". El liderazgo social amplía el alcance de la voz de los pobres, no habla silenciándola. No pretende "ser la voz de los sin voz".

Más aún, los fenómenos de "liderazgo profético" aparecen como espacios de "vanguardia de lo social", espacios donde lo social se está transformando porque se está trabajando con el

sentido, con la simbolización y con la relación –de ida y vuelta- entre el mundo y los individuos y sus prácticas.

¿Desde dónde nos hacemos cargo de lo que nos pasa? ¿Por qué estos problemas y no otros? ¿Por qué estas maneras de resolverlos y no otras?. ¿Por qué buscar liderazgos?. La tríada líder-comunidad-situación pone de manifiesto el “arraigo” del líder en un tiempo y un espacio y, por ello, no existen liderazgos descontextualizados, desconectados de los avatares de los tiempos vividos, tiempos en presente, contingentes.

El liderazgo se sostiene en una “entrega”. Quienes participan de un liderazgo, de alguna forma se ponen en manos de otros cuya vida comparten. Ponen su confianza, la juegan y ese juego de confianza se sustenta en un compromiso recíproco entre la comunidad y el líder. Hablan un mismo lenguaje.

Arraigo, confianza y compromiso nos dejan en el umbral del capital social. Como bien se sabe, el capital social es una relación social que requiere, para su reproducción y desarrollo, del uso, de la práctica, de la puesta en juego. En definitiva, no existe capital social sino en movimiento; es una dinámica de construcción y reconstitución de tejido social. Sin embargo, las formas en que esto puede ocurrir son variadas y van desde las fiestas y celebraciones, hasta las políticas sociales (exitosas), entre muchas otras.

En esta perspectiva, el liderazgo puede ser concebido como una forma particular que asume la dinámica del capital social en diversos contextos. Tal vez estamos entrando a un nuevo “patrón de acumulación del capital social”, donde el liderazgo es la relación social clave de su reproducción y desarrollo.

Finalmente -y quizá aquí está la clave para la justificación del por qué buscar en ellos- no hay liderazgos “impertinentes”: las acciones que lleva a cabo un líder siempre son adecuadas a las necesidades, motivaciones y/o intereses de quienes convoca; entre los pobres, no hay brecha discurso/práctica. Los espacios de manipulación son reducidos. Líder y comunidad necesitan estar en sintonía, logro envidiado por los actores políticos cuya autoridad nace de un cargo (sea este elegido o no), sin garantizar por ello ni pertenencia, ni sintonía.

(6) A modo de conclusión

Dar cabida a la expresividad social e instalar una nueva ética pública, constituyen dos dimensiones fundamentales de un quehacer auténtico contra la pobreza, junto a los pobres. Sin recoger el decir, vivir y expresar de la gente, de los pobres, nada significativo se podrá hacer frente a la pobreza.

Ello implica que la formulación de las políticas de superación de la pobreza debe ser considerada como *formando parte* de la conversación necesaria para generar sus propias condiciones de posibilidad y de realización. Vale decir, que en las instancias de diseño y elaboración de dichas políticas debe considerarse la interlocución con los propios pobres como una de las "conversaciones" que debe llevarse adelante, pues ella, además de las posibilidades de enriquecimiento informativo que supone en cuanto espacio cooperativo en que se encuentran distintos saberes y experiencias, permite el "cultivo" de un entorno propicio y favorable para su propio éxito.

Para que las políticas públicas de superación de la pobreza integren de manera perseverante a la expresividad de los pobres, no es suficiente con darle cabida en algún proyecto o programa, sino que se requiere modificar la receptividad institucional existente en la gestión pública actual, incluyendo lo que, podríamos denominar la "*co-inspiración contra-la-pobreza*"; es decir, incluyendo, la participación de los pobres en la responsabilidad por las propias acciones y los funcionamientos institucionales.

En este sentido, la "*co-inspiración contra-la-pobreza*" es una invitación a la creación y a tomar la iniciativa; a instalar la búsqueda reflexiva de "lo bueno" como un principio de acción y de comportamiento, cuyo operar en la práctica supone la observación constante de las acciones, normas y dispositivos institucionales que se ha establecido con el fin de realizar "lo bueno" en la vida social.

La ética, sobre todo en el plano de la superación de la pobreza, no es pensable distanciada de una reflexión acerca de las realidades materiales y simbólicas en las que se lleva a cabo

cualquier acción. Tal reflexión, además de ser condición de posibilidad de cualquier política pública al respecto, se constituye en imperativo ineludible de cualquier práctica que pretenda hacer el bien público. Esta "ética de los medios" debe poner a la escucha y el respeto en el corazón de sus cuidados.

Por otra parte, esta "co-inspiración contra-la-pobreza" es un avance en la generación de las bases simbólicas para un nuevo trato que busca generar las condiciones institucionales que él requiere, en primer lugar, a través de la instalación de estructuras procedimentales provisorias, a partir de las cuales se vislumbre y luego defina las estructuras que se hagan cargo de las nuevas realidades de la pobreza y los nuevos pobres: cambiar las actitudes para posibilitar y avanzar en el cambio de las prácticas.

De esta forma, vincular expresividad social y ética pública en una estrategia de superación de la pobreza implica superar aquella implícita concepción de una relación directa entre gestión no participativa, preservación de la eficiencia y comprensión adecuada de los problemas.

Vale decir, supone que la identificación de los problemas y sus soluciones no sean atribución exclusiva de funcionarios especializados -son del dominio de la ética más que de la técnica-, pues ellas son también dominio de los "ciudadanos de a pie" y deben ser entendidas en tanto proceso cooperativo en el que nadie tiene el monopolio de la interpretación correcta, o, en la bella formulación de Violeta Parra, cada quien puede en estas materias "descifrar signos sin ser sabio competente".

Implica, en palabras de la Diputada Carolina Tohá, la necesidad de "definir un relato que le dé sentido y coherencia a las políticas sociales, y pienso que en esta etapa ese relato debe ordenarse en torno a la idea de garantizar derechos. Nuestro sistema está maduro para ponerse ese objetivo. No toda la política social tiene como contenido asegurar derechos. En particular, hay políticas que apuntan más bien a abrir oportunidades, pero incluso en este caso necesitan de una base de derechos para funcionar. La idea de generar derechos es, además, una forma menos técnica, más republicana y de sentido común, de reducir brechas. Es un término más cargado de sentido, y pienso que en política social darle sentido a lo que se hace es fundamental". (Jara: 2202, 41).

Vincular expresividad social y ética pública en una estrategia de superación de la pobreza supone, entonces, superar toda concepción silenciadora y tecnicista, para pasar a una propiamente democrática donde el acento está puesto en la construcción de ciudadanía y el horizonte de futuro es una democracia de mejor calidad. Sólo entonces la voz de los pobres dejará de ser como la del coro en la tragedia griega y hará parte de la multicolor polifonía con que comparte y canta la sociedad entera.

Bibliografía Consultada:

Arrau, A. et. al. (1999) "La Agenda Pública en el Chile de los noventa: hacia una caracterización de sus dinámicas de estructuración", Documento N°2, Universidad de Chile.

Banco Mundial (2002), Informe Sobre el Desarrollo Mundial 2002: Instituciones para los mercados.

Banco Mundial (2002a), Informe Sobre el Desarrollo Mundial 2002: Atacando la Pobreza.

Beck, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Editorial Paidós, España.

Castel, Robert (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Editorial Paidós, México.

Castells, Manuel (1998), *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. volumen dos "el poder de la identidad", Alianza Editorial, Madrid.

CEPAL (1997), *La brecha de la equidad. América Latina, el Caribe y la Cumbre Social*, editado por CEPAL, Santiago.

Editorial Revista Mensaje (2002), "Vivir juntos", en Revista Mensaje N° 510, julio de 2002.

Espinoza, Vicente (1999), *Ciudadanía y juventud. Análisis de los perfiles de oferta y demanda de las políticas sociales ante la nueva realidad juvenil*. IDEA, Universidad de Santiago de Chile.

Etchegaray, Alberto (1995), "Coincidencias y divergencias en torno al trabajo 'Habilitación, pobreza y política social' ", en Estudios Públicos n°59 1995.

Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza (1999), *Propuesta para la futura política social*, editado por FNSP, Santiago.

Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza (1999a), *Podemos superar la pobreza y lograr mayor equidad. Una propuesta de política social para Chile*, Documento de trabajo, agosto de 1999.

González, Raúl (2002), "La indigencia en la política social", en Revista Mensaje N° 510, julio de 2002.

Graham, Carol y Pettinato, Stefano (2002), "Happiness & hardship. Opportunity and Insecurity in new market economics. Brookings Institutions Press. Washington, D.C.

Irrázaval, Ignacio (1995) "Habilitación, pobreza y política social", en Estudios Públicos n°59 1995.

Jara, Patricia (2002), "Equidad y superación de la pobreza", en Revista Mensaje N° 510, julio de 2002.

PNUD (1998), Informe de Desarrollo Humano en Chile: Las paradojas de la modernización.

PNUD (2000), Informe de Desarrollo Humano en Chile: Más sociedad para gobernar el futuro.

PNUD (2002), Informe de Desarrollo Humano en Chile: Nosotros los chilenos: un desafío cultural.

Rojas, Manuel (1984), *Hijo de ladrón*, editorial Zig-Zag, Santiago.

Salazar, Gabriel (2001), "Memoria histórica y capital social", en Durston y Miranda, *Capital social y políticas públicas en Chile*, Serie Políticas Sociales, N° 55, CEPAL, Santiago.

Teixidó, S. y Chavarri, R. (2000), *La acción filantrópica como un elemento de la Responsabilidad Social: el caso chileno*, PROhumana ediciones, Santiago.